

RELATO CORTO

TÍTULO

“La sala en penumbra: donde nace el sentido”

TEXTO RELATO

Aquel 28 de abril de 2025 amaneció igual que tantos otros días en la unidad de hematología. Sin embargo, a media mañana, el aire comenzó a adquirir una tensión casi imperceptible, como si algo invisible estuviese a punto de quebrarse. En el mundo sanitario una aprende a detectar esos cambios mínimos, esas señales sutiles que anuncian que lo cotidiano está a punto de transformarse.

Amalia, enfermera desde hacía más de una década, recorría el pasillo con la rutina interiorizada de quien conoce cada habitación, cada gesto clínico y cada sombra de preocupación en la mirada de los familiares. La planta rebosaba actividad: bombas de infusión funcionando a diferentes ritmos, monitores marcando constantes, pasos apresurados, conversaciones cortas. Todo formaba parte del ruido habitual, esa música continua que sostiene el hospital, incluso en los días más difíciles.

A las 17:16 ocurrió.

Primero fue un leve parpadeo, luego, un silencio abrupto y después, la oscuridad.

Las luces del techo se apagaron de golpe, los monitores callaron como si hubieran decidido dejar de respirar, las bombas de infusión quedaron quietas, y un silencio espeso, casi material, se extendió por la unidad. La electricidad había desaparecido como un hilo que de pronto se rompe. El hospital, siempre vivo, siempre ruidoso, vibrante de actividad, pareció contener la respiración. Algunos segundos después, los generadores de emergencia comenzaron a funcionar, pero lo hicieron de forma parcial y limitada. La sensación de suspensión, de pausa forzada, persistió en el aire.

Amalia, sintió algo parecido a un latigazo interno. Esa mezcla de alerta, responsabilidad y miedo silencioso que solo se experimenta cuando el hospital se queda sin su soporte vital: la tecnología. Respiró hondo, buscando ese centro interno del que tantas veces hablaba Newman en sus textos: la presencia consciente.

Pero antes de que pudiera reaccionar, un sonido emergió desde la habitación 17. No fue un grito. Fue algo mucho más desgarrador: un susurro quebrado, un aliento de incredulidad.

Corrió.

Allí, junto a la cama, estaba Diego. Tenía 21 años, rostro joven y manos temblorosas que sostenían la mano ya inmóvil de su madre. La luz natural que entraba por la ventana

apenas iluminaba la escena, pero bastaba para mostrar la expresión del muchacho: desorientación, incredulidad y una tristeza que empezaba a tomar forma sin que él pudiera contenerla.

—Se... se ha ido —logró balbucear.

Amalia acercó una silla y se sentó a su lado. No había máquinas que encendieran alarmas, no había timbres, no había teléfonos para llamar a nadie. Solo silencio. El apagón había reducido el hospital a lo más básico: personas acompañando a personas.

—Estoy aquí —fue todo lo que dijo.

Él asintió sin mirarla. Mantenía la mirada fija en el rostro de su madre, como si aún esperara que respirara, como si la ausencia necesitara unos minutos para ser aceptada.

Amalia había acompañado muchas muertes. Pero esa escena... aquella escena tenía algo distinto. Quizá era la penumbra, quizá el aislamiento repentino, quizá la juventud de Diego o la impotencia de no poder avisar a su familia. Quizá era todo junto. Lo que sí sabía es que algo en su interior se estaba moviendo con una intensidad inesperada.

Mientras respiraban aquel silencio, el pasillo comenzaba a despertar en otra clase de inquietud: comentarios sobre la comida del congelador que tendrían que tirar, sobre los teléfonos sin batería, la imposibilidad de avisar a sus parejas, sobre el temor irracional a que volviera "otro COVID".

Amalia escuchó esas voces filtrarse por la rendija de la puerta. No culpaba a nadie: cada cual afronta el miedo como puede. Pero el contraste la golpeó. Dentro de aquella habitación se acababa de apagar una vida; fuera, la preocupación más inmediata era el contenido de una nevera.

Pensó entonces en Viktor Frankl, en aquellas palabras que había subrayado años atrás mientras leía: "El hombre en busca de sentido"

"Una reacción anormal ante una situación anormal es una conducta normal."

Quizá por eso algunos reían nerviosos o se quejaban por trivialidades. Quizá era su forma de mantenerse a salvo frente al dolor ajeno.

Volvió a Diego. Sus ojos estaban vidriosos, pero seguía sin llorar. Estiró los labios en un intento torpe de hablar.

—No puedo avisar a mi familia... No hay teléfonos. Nadie sabe que ha muerto.

La impotencia de esa frase era un golpe directo al pecho.

—No te preocupes. —Amalia le habló con suavidad—. Puedes quedarte con ella todo el tiempo que necesites. Cuando estés preparado, podrás ir caminando a casa y volver con tu familia. Yo estaré aquí cuando regreses.

Diego tragó saliva con dificultad.

—Gracias... No quiero dejarla sola todavía.

Amalia sintió cómo aquella frase se le incrustaba en lo más profundo. “No dejarla sola”. Esa era, en esencia, la misión de la enfermería: no dejar solos a quienes sufren, a quienes mueren, a quienes sobreviven.

Se quedó allí, junto al muchacho, ofreciendo algo que ninguna máquina podía suplir: **presencia**. No técnica, no prisa, no protocolos. **Presencia pura**.

Mientras lo acompañaba, recordó las enseñanzas de Saracíbar sobre el núcleo del cuidado: la relación humana, la mirada que reconoce y sostiene, el respeto que dignifica. Allí no era la enfermera experta en hematología; allí era Amalia, una persona sosteniendo a otra persona que se estaba desmoronando.

Vio cómo Diego acariciaba la mano de su madre con una suavidad casi reverencial. Sus dedos se deslizaban despacio, como si cada movimiento fuera una despedida.

Y fue entonces cuando otra frase de Frankl atravesó la mente de Clara:

“La vida no es una búsqueda de placer, ni de poder... sino una búsqueda de sentido.”

¿Acaso no era ese el sentido?, ¿acompañar? ¿ser testigo humano del final de otra vida?, Amalia sintió una punzada en la garganta y tuvo que mirar al suelo un instante para recomponerse.

El apagón, paradójicamente, había apagado también la distracción constante con la que convivían a diario: los ruidos electrónicos, las órdenes automáticas, los ritmos frenéticos. En aquella penumbra, el cuidado recuperaba su esencia más desnuda. Era como si el silencio obligara a mirar de verdad, a sentir de verdad.

—Voy a caminar hasta casa —dijo Diego al cabo de un rato—. Son cuatro kilómetros... no puedo pedirle a nadie que venga a buscarme en medio del apagón. Luego volveré con mi familia.

Amalia lo acompañó hasta el pasillo. Cada paso parecía costarle esfuerzo, como si el suelo se hubiese vuelto más denso. Antes de irse, se detuvo.

—Gracias por quedarte. No sé qué habría hecho si hubiera estado solo...

Ella no respondió de inmediato. Lo miró como se mira a alguien que te está regalando una verdad profunda sin saberlo.

—No estabas solo —le dijo por fin.

Y lo vio alejarse por el pasillo, envuelto en la tenue luz de emergencia que apenas iluminaba el camino. Una sombra joven caminando hacia la noche más difícil de su vida.

Amalia volvió a la habitación y se quedó unos minutos junto al cuerpo de la mujer, en silencio. La presencia de la muerte, en aquella penumbra, se sentía casi sagrada. No era algo frío ni clínico. Era un momento que exigía respeto, calma, humanidad.

Pensó en la fragilidad del sistema, pero también en la fragilidad propia. Pensó en las veces que, por la presión del trabajo, había sentido que se alejaba sin querer del verdadero sentido del cuidado. Pensó en cómo la gestión, los protocolos, los indicadores y la sobrecarga podían disolver poco a poco la esencia de la profesión si no se estaba alerta.

Y pensó, sobre todo, en cómo la enfermería seguía siendo, a pesar de todo, una forma de resistencia. Resistencia a la indiferencia, resistencia a la prisa, existencia a la deshumanización.

Cuando por fin, casi a las 22.30 horas, la luz regresó, el hospital despertó como si nada hubiera ocurrido. Los monitores volvieron a emitir señales sonoras, las bombas comenzaron de nuevo su ritmo mecánico, los móviles vibraron todos a la vez con notificaciones atrasadas.

La vida siguió, pero Amalia no era la misma.

Aquel instante en penumbra había dejado una huella silenciosa, un recordatorio profundo de por qué había elegido ser enfermera. No para curarlo todo. No para controlarlo todo. Sino para estar. Para sostener. Para acompañar incluso cuando el mundo se desmorona.

Y en ese recuerdo volvió a escuchar a Frankl:

“Porque el mundo está en mal estado, pero todo empeorará aún más, a menos que cada uno de nosotros haga lo mejor que pueda.”

Aquella tarde, en aquella sala en penumbra, Amalia había comprendido que hacer lo mejor que podía no siempre implicaba actuar, sino estar. Ser testigo. Ser presencia. Ser sentido.

Y mientras salía finalmente del turno, exhausta pero extrañamente serena, entendió que la luz que verdaderamente importa no es la que vuelve cuando la electricidad regresa.

Es la que permanece. La que no se apaga ni en los peores apagones.

Es la que realmente da, significado al cuidado.